

Borrero Visto por sus Contemporáneos

De Enrique J. Varona

ASÍ y desde temprano por la contemplación directa de la Naturaleza y por la lectura de obras severas de filosofía y de obras amenas de imaginación, se iban depositando en terreno tan bien preparado los gérmenes que habían de dar tan sazonados frutos. Y con todo esto y a la par, vivía entregado al trabajo de la enseñanza. Mas para él no fué nunca trabajo enseñar: aspecto el más interesante de su vida, porque ha de revelararnos una de las direcciones interesantes de su actividad. Fué genial en él su amor a la propagación de las ideas, su anhelo por la comunicación de la luz que entreveía. Puede decirse que empezó a formar su espíritu enseñando y hasta el último instante de su vida estuvo enseñando; y aún después de su muerte, continúa su espíritu habitando nuestras escuelas en esos libros llenos de unción y belleza con que ha querido transmitir su alma sensible al alma en embrión de nuestros niños.

Fuó para él la enseñanza verdadera vocación en todo el sentido y plenitud toda de la palabra.

Para él enseñar era dar lo mejor de sí; y lo daba sin tasa. Enseñaba en los bancos de la escuela, enseñaba desde la cátedra y enseñaba constantemente, aún sin quererlo, de silla a silla; porque dondequiera que surgía un problema o un aspecto interesante de la Naturaleza ó de la vida, parecía que su mirada profunda descubriría nuevos filones, que sabía deliciosa y elocuentemente revelar y exponer.

Jamás ha podido encontrarse hombre que en la simple conversación derramara mayor raudal de elocuencia y sabiduría. Y no conocerán la parte mejor de su excelsa inteligencia, los que sólo conocen al doctor Borrero por sus obras. Era necesario haber vivido en su trato, haber logrado oír aquella palabra caldeada por el más profundo sentimiento, para tener alguna idea de cómo puede bullir en la palabra y brillar en los ojos el alma humana.

Y desde entonces fué el doctor Borrero ese tipo de patriota excelso que habéis conocido. Y advertid bien, señoras y señores, que si lo llamo patriota excelso no fué solamente porque supo en los momentos de peligro ir a exponer su

vida por la patria. Quizás después y durante todo el proceso de su vida fué aún más completa y totalmente patriota; porque puedo ser testigo de que jamás y en ningún tiempo dejó su alma de vibrar con el alma de la patria, ni dejó de sangrar su pecho con una sola de las heridas que ésta recibía.

De Julián del Casal

DE todos los conversantes a quienes he oído hablar, en los días de mi vida, éste es que me ha asombrado más. Oyéndolo la primera vez, creí encontrarme en presencia de Barbey d' Aureville o de Villiers de l' Isle-Adam. Así me imaginé que debían haber hablado estos genios. Las palabras, al salir de los labios de Borrero, imitan las ondas de un torrente. Unas veces son serenas, azules, luminosas, reflejando el estado de su cerebro, donde las ideas, como estrellas, se complacen en alumbrar. Pero al instante el viento sopla, el cielo se ennegrece y las ondas del torrente comienzan a hervir. Entonces saltan, espumantes y obscuras, por cima de la ribera, arrasando las plantas, destruyendo los diques y desarraigando los árboles, hasta que el arco-iris aparece en el espacio y lo hace retroceder desde el punto más lejano que se podía concebir y adonde había llegado en su curso raudo, sonoro y devastador. Empero los rayos de sus cóleras, fulgurantes en su conversación, nunca van dirigidos, como pudiera creerse, contra determinadas individualidades sino contra el que las ha hecho imperfectas, contra la naturaleza, contra el destino, contra yo no sé quién.

Si Borrero ha hecho en alguna de sus obras una confesión general, creo que ha sido indudablemente en una novela corta que, con el título de *Calófilo*, publicó hace algunos años. Allí está explicada, mucho mejor de lo que pudiera yo hacerlo, su crisis espiritual, que ya se ha resuelto favorablemente para él. *Calófilo* no es un soñador, sino el soñador. La historia de ese personaje real, escrita



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

por Borrero, es un modelo de *nouvelle* psicológica que supera a otras muchas que se han escrito en el extranjero y que gozan ya de fama universal. Aquí la han leído muy pocos. Pero su obra maestra en prosa, por la forma como por el fondo, me parece que es *La Aventura de las Hormigas*, de la cual se han publicado muchos artículos en la *Revista Cubana*. Es una obra satírica superior a *L' Inmortal*, de Alfonso Daudet, por la amplitud del asunto, por la manera de desarrollarlo y por los conocimientos revelados en sus páginas. Cervantes o Voltaire hubieran puesto su firma al pie de algunos pasajes de este libro profundo, amargo y original.

Si el prosista es admirable, el poeta también lo es. El sentimiento predomina en todas sus composiciones. *Calófilo* resucita en ellas. Todas las heridas que su alma recibiera en el mundo sangran en sus rimas. A veces se encuentran en ellas los gritos desesperados de Enrique Heine o el pesimismo resignado de Sully Prudhome.

Hay una novela de Dostoievski, en la que uno de los personajes se echa de rodillas ante una doncella que acaba de venderse para alimentar a su familia. La muchacha, al sentir que le besa los pies, creyendo habérselas con un loco, retrocede algunos pasos. Pero Ras-kolnikof, que así se llama el personaje, le dice al punto: —“No, no me levanto, porque no me he prosternado ante tí, sino ante todo el sufrimiento de la humanidad”. Modificando esta idea, si alguno dijera que, al hablar de Borrero, he querido rendir público homenaje al amigo, yo le diría que sólo he querido al triunfo del esfuerzo individual, secundado por una inteligencia superior. ¿Quién lo ha obtenido con más heroísmo que él?

De Manuel de la Cruz

PARECE un mareante, un *Pierre Loti* curtido por el sol de todas las latitudes y abrasado por los vientos de todos los mares, o mejor aún, desgarrado diplomático malayo, escapado de una selva secular oliente a canela y animal montés y pulido con nimio esmero por la civilización occidental.

Es Borrero, en toda la fuerza de la expresión, un hombre hecho por sí mismo. Puede el profano admirar la irreprochable tierra cocida del tenaz y laborioso cerámico, pero sin sospechar que esa obra de un arte insólito —el arte de hacerse hombre, de crearse una personalidad—, ha sido amasada con bilis, con sangre robada a las arterias, con lágrimas de fuego, en que se han disuelto las fibras más recónditas y delicadas; secada a la lumbre inexorable de nuestro sol...

El luchador, si bien tuvo que habérselas con formidables obstáculos, traía el germen de esas energías increíbles que crecen y se desarrollan mejor en el abandono y la intemperie, que florecen con más lozanía a los besos amargos del dolor, nutriéndose con la savia misma que apenas si alcanza para mantenernos en pie en la borrasca de la pelea. Pocos, muy pocos de los cubanos modernos están dotados de tan vigorosas y variadas aptitudes como ese médico y poeta, escritor originalísimo, pensador severo y profundo, docto en conocimientos antitéticos, artista consumado, *causeur* ingenioso, ameno y elocuente y satírico sin par, —que vegeta olvidado en el aislamiento de pintoresco vilorio, casi desconocido, resignado y triste, devorando en silencio la nostalgia de mejores y más bellos destinos.

La chispa de su genialidad artística, al chocar con lo externo, se convierte en el látigo-relámpago de la sátira que, restallando, muere e ilumina. No conozco en el pasado ni en el presente ningún satírico cubano de la talla y la fuerza de Borrero. Es una figura única, aislada, soberana. Viene de esa cepa que dió a Cervantes y a Voltaire, a Quevedo y a Swift: como ellos ha subido cuestras tan agrias como la loma de la Calavera, agobiado por algo más duro y pesado que un madero simbólico, y como ellos ha convertido sus torturas en risas serenas y magnánimas. El satírico de lo enorme y lo diminuto no hubiera vacilado en firmar muchas páginas del satírico cubano, del simbólico satírico de lo *fórmica*.

Hay, junio 26/49



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA